

ALFAGUARA

Pablo Ramos

Cuando lo peor haya pasado



ALFAGUARA

Pablo Ramos

Cuando lo peor haya pasado

Índice

[Portada](#)

[Índice](#)

[En un cuaderno de hojas lisas](#)

[Porque el cielo es azul](#)

[Todo puede suceder](#)

[Cuando lo peor haya pasado](#)

[Celeste y rojo](#)

[Un relato constante](#)

[El día que te lleve el viento](#)

[El ángel del bar](#)

[Luces de colores](#)

[Tal vez algún día](#)

[Por las colinas de la luna](#)

[Biografía](#)

[Otros títulos del autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*A Nuncio y a Julio
A Amaray*

Y los hombres tristes, los solitarios, los malcasados se arrodillan en garajes, cuartos de baño y moteles, y piden a Dios que los ayude a comprender su necesidad de amor. Son todos ateos (...) ¿Por qué esos hombres, adultos e inteligentes, se comportan de manera tan ridícula? Es como si el dolor los obligara a arrodillarse.

JOHN CHEEVER, *Diarios*

En un cuaderno de hojas lisas

Escribo en un cuaderno. Escribo porque me vieron, tuve un descuido y me vieron. Parecía imposible —a esa hora y con ese frío—, pero ahí estaban: en el balcón de al lado, ocultos en la oscuridad. La vieja, su hijo el viudo (de esos que al nacer rompieron el molde, según su anciana madre), los hijos del viudo y un telescopio. Su anciana madre es la vieja de mierda que vive en el departamento que está frente al mío y que todo el tiempo deja la puerta abierta para no perderse nada de lo que pasa en mi vida. Bah, de lo que pasaba; porque mi mujer se fue y supongo que esta soledad no debe tener el mismo atractivo que la guerra nuclear que de a ratos resultó ser mi matrimonio. Por lo menos hasta ayer a la noche no lo tenía. Pero con mi descuido acabo de arruinarlo todo. Ni siquiera voy a poder salir tranquilo porque a esta altura, seguro, ya se lo habrá contado a todo el mundo.

¿Y es que se me podía ocurrir que Molde Roto (que para estar más cerca de su madre vive en el edificio de al lado, precisamente en el departamento que tiene el balcón lindero al mío) iba a reunir a toda su familia, un jueves a la una de la mañana, para mirar las estrellas con un telescopio? ¿Y que para colmo de males no iban a tener mejor idea que apagar las luces y quedarse en silencio como si estuvieran

en el Planetario? Pero así fueron las cosas: todas esas casualidades juntas. Y cuando me di cuenta de que me estaban observando y escuché las risitas contenidas de los hijos de Molde Roto y los murmullos incomprensibles de su madre, me metí en mi departamento sin el coraje de decir algo en mi favor. Aplastado por la derrota, sintiendo la humillación y la vergüenza que vuelven con sólo pensarlo. Mi mala suerte es una exageración.

¿Y ahora qué voy a hacer? Algún día tengo que salir. Se me va a acabar la comida y el lunes tengo que ir a trabajar. Aunque puedo pedir un médico. Pero igual voy a tener que salir y encarar la situación. Poner cara de nada, o cara de loco, y mirar a los del consorcio como diciendo: ¡Y a vos que mierda te pasa! ¡Mirá que soy capaz de cualquier cosa, ya sabés, lo del balcón! Sí, eso, lo del balcón. Bueno.

El asunto es que desde que mi mujer y mi hijo se fueron de casa, hace ya como seis meses, yo adquirí una costumbre que es, debo confesar, un tanto rara. Y no tengo ninguna justificación, solamente que en este último tiempo no sé bien cómo comportarme. Dos años de matrimonio y se va porque se va, con un compañero de yoga que hace malabares en un circo callejero: pelo largo, barba larga, cara de Jesucristo, tirando botellas al aire todo el tiempo y haciéndose el mono tierno con los hijos de las mujeres que pasean los domingos por Parque Rivadavia. Entonces ella me habló de *búsqueda interior*, de que algo viejo se muere para que algo nuevo comience a vivir y que se iba —acompañando al malabarista— en una gira de circo por el interior del país.

Hay un tema de Los Redondos que dice que las minas prefieren los payasos y la pasta de campeón. No sé las otras, pero en el caso de mi mujer eso es una verdad inobjetable. Cualquier tipo que practique alguna cosa oriental a ella la *conmueve* y si revolea fuego, tiene la nariz pintada de rojo y los pantalones le quedan largos, mucho mejor. Me dijo que el coso este *había sido ascendido a Maestro* en un arte chino del que ella no recordaba el nombre. Yo le dije que debía ser en el arte del Chin-Pan-Ce, pero fue un

error estratégico de mi parte porque se puso furiosa. Es necesario confesar que de alguna manera parecida la conquisté yo. No vestido de payaso y haciéndome el oriental, pero dando *Morfología del Jazz* en el conservatorio privado de un amigo. Una materia inventada para un curso inventado donde, después de cuatro años de sufrimiento, nadie aprendía a tocar ni el timbre. Mucho menos un estándar de jazz. Pero vaya uno a saber en afán de qué, salían todos recibidos con títulos como *Instrumentista Popular. Especialidad: Trompeta Jazz*.

Ella era alumna y desde un principio se había quedado fascinada conmigo. Y claro, yo le hablaba de Chet Baker y de Coltrane como si hubieran sido mis tíos. Le conté todo tipo de historias que nunca me habían pasado, inclusive la de un concierto de Miles Davis en Dinamarca, que me había contado mi mejor amigo —un músico que residía en ese momento en Copenhague— como si las hubiera vivido yo; cosas que uno dice para conquistar a una mujer. Y acá vienen los reveses de la vida. En la clase estaba su novio: un muchacho carente por completo de talento musical, que traía las grabaciones de su grupo para que yo completase mi misión de sacarle a la novia destrozando su música con una crítica pública y por demás despiadada. No fue un acto leal de mi parte, pero lo cierto es que en poco tiempo me había enamorado verdaderamente de la que entonces era su novia y sería después mi mujer. Y todavía hoy estoy enamorado de ella. Pero ya no está, y no creo que vaya a volver. Imagino que aburrirse y cambiar cada tanto de pareja es, en todo caso, el *karma* que deba arrastrar por la vida. Bueno, ella y nuestro hijo; por lo menos durante el tiempo que él viva con ella. La inconstancia es una característica innata a la personalidad de mi mujer y no puedo juzgarla por eso. Pero lo cierto es que desde que se fueron, yo espero determinadas noches con impaciencia, apago las luces del departamento, salgo al balcón (piso ocho vista a la calle) y hago lo que, a esta altura, debe saber todo el barrio. Y se podrá decir que no es un comportamiento del todo sano pero es mucho mejor que no dormir porque siento que me

ahogo en una cama tan grande que dan ganas de serrucharla a la mitad, o que esa sensación de confinamiento, de dar vueltas y vueltas por el living como si fuera una celda, perturbado, imaginando los comentarios de mi vecina, sintiendo la vigilante presencia de la puerta entreabierta de su departamento.

Una noche, durante la primera semana en que mi mujer y mi hijo no estuvieron en casa, yo subía por el ascensor y escuché a mi vecina hablando con el encargado en la puerta de su departamento. Enseguida me di cuenta de que hablaba de mí, así que detuve el ascensor un piso antes, en el séptimo, bajé y me dispuse a escuchar al pie de la escalera.

—Por algo lo habrá dejado —le decía la madre de Molde Roto al portero—. Seguro que ahora va a convertir el edificio en un cabaret y va a llenar la casa de mujeres borrachas. O capaz que entra en la droga... Yo sé lo que le digo, Cayetano.

Cayetano es el nombre del portero: un pegador de mujeres que afirma que Franco vino al mundo para salvar a España. Un verdadero hijo de puta con nombre de santo. Yo podía imaginarlo, escoba en mano, mirando a la vieja y asintiendo con la cabeza como si fuera un cura en el confesionario. También imaginé su sonrisa cuando se enteró de que mi mujer me había dejado por otro. Pero lo cierto es que lo único que en realidad dijo fue una de sus frases más típicas: *Yo, argentino*. Gallego de mierda.

Me sentía afectado, enfurecido. Supuse que esa noche tampoco iba a poder dormir. Sabía que en unos días mi intimidad iba a estar en boca de todo el edificio. Salí al balcón y me di cuenta de lo alto que estaba el piso ocho y de lo extremadamente baja que quedaba la única protección: una baranda de caño con paneles de vidrio. Asomé la cabeza e inexplicablemente jugué a calcular los lugares contra los cuales chocaría mi cuerpo al caer por el vacío. Dos acondicionadores de aire, un macetero colgante, un alero de chapa y el toldo de aluminio del quiosco de abajo. Quizá, con suerte, el toldo pudiera salvarme la vida. ¿Salvarme la vida? Me asusté. Me di cuenta de que no estaba

preparado para un peligro semejante: el peligro que yo mismo representaba para mí. Me separé de la baranda y, confundido, me metí de nuevo en el departamento. Entonces tuve como una visión y sencillamente lo hice. Fui hasta la cocina, abrí la heladera, tomé varios huevos y comencé a aplastarlos primero contra el piso y luego contra mi cabeza. Sentí el crujido de las cáscaras al partirse y el contenido helado y pegajoso que me corría por la nuca hasta la espalda. Tomé algunos más, salí al balcón y comencé a arrojarlos para afuera lo más lejos que me daban las fuerzas. Tiré todos los huevos, casi una docena, y me sentí aliviado. Fue una sensación plena de serenidad mezclada con cansancio extremo, como si tras haber nadado todo el ancho del Río de la Plata me echara a descansar en las arenas blancas de la otra orilla.

Esa noche pude dormir en paz, alejado por completo de la idea de suicidio. Soñé con gallinas blancas y gordas ponedoras de huevos gigantescos. Todas ordenadas en estanterías como libros en una biblioteca. Ponían enormes huevos dorados que, conducidos por laberínticas canaletas de madera, rodaban hacia abajo y se estrellaban contra mi cabeza. Cientos, miles de huevos estrellándose contra mi cabeza mientras yo permanecía sentado en una butaca de peluquero y un hombre alto y corpulento —que era a la vez un gallo— me masajeaba el cuero cabelludo, me llenaba la boca de arroz amarillo y me hablaba en idioma gallina que yo entendía perfectamente. Después, en un repentino amanecer, infinitos relojes marcaron las siete y todos cacareamos al unísono. Y así me desperté: a las siete en punto, sentado en la cama y cacareando a los gritos.

Me levanté con un humor maravilloso, con un sentimiento de alegría incontenible. Había encontrado la medicación adecuada y solamente tenía que aprender a dosificarla. Entonces me puse la cantidad y los días: martes, jueves y sábados; esos días, a las dos de la mañana, tiraría una docena de huevos blancos (blancos para poder seguir mejor su trayectoria en la noche) contra los autos de la avenida, contra el refugio de chapa en la parada de colectivos, contra el su-

permercado de enfrente y su enorme cartel luminoso, y contra el salón de fiestas, que derrocha alegría y música brasilera los fines de semana. Así lo hice durante estos meses, hasta ayer a la noche, cuando fui visto por mis inoportunos vecinos. Y aquí me tienen ahora, escribiendo para soportar la vergüenza y, quizá, para buscar otra cura. Porque mis vecinos estarán esperando que reincida en mi actitud para llamar al administrador del consorcio y a la policía, o para hacer que los psiquiatras caigan sobre mí.

Escribo en un cuaderno rojo de hojas lisas. El cuaderno tiene en sus primeras páginas unos garabatos hechos por mi hijo, también algunos dibujos de su madre. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de ellos dos viviendo en un circo y con un malabarista. La simple idea me da escalofríos: mi hijo compartiendo el carro con la mujer barbuda, jugando cerca de las jaulas de los animales peligrosos, respirando el deprimente olor de las bestias encerradas. Siento que la vida es sencillamente absurda porque les dije que escribo esto en un cuaderno, pero lo que no les dije es que estoy tirado en el piso, literalmente enrollado en la alfombra del living. Sí, corté los extremos de la alfombra con una cuchilla y arranqué los bordes separándolos del zócalo de madera. La despegué del todo y después me acosté, estiré los brazos y comencé a girar sobre mí mismo hasta quedar envuelto en ella como el relleno de un pionono de cumpleaños; solamente la cabeza, los brazos y los hombros fuera. Y debo decir que me estoy sintiendo mejor, que tal vez me quede definitivamente así: enrollado en la alfombra. Que puede que esta sea la cura que reemplace a la de arrojar huevos a la calle. Y que ya no me preocupa si mis vecinos deciden tirar la puerta abajo para entrar, porque no van a poder, en tal caso, pensar siquiera en culparme por esto.

Porque el cielo es azul

—Es así —me dice de espaldas, con la cabeza metida en la pileta de la cocina, mientras termina de enjuagarse el pelo—, ni te das cuenta que el tiempo pasa.

Se hace un turbante con la toalla, se da vuelta, toma el mate de arriba de la mesada y chupa de la bombilla hasta que el ruido le avisa que debe volver a cebar. Ceba otro, me lo da y soy cuidadoso de no tocarle la mano, de no romper el hechizo sin el cual, tal vez, no habría llegado nunca hasta su casa.

—Qué vergüenza, agarrarme justo cuando me lavaba el pelo —me dice—. Con la que me veo a veces es con la santiagueña. ¿Te acordás de la santiagueña? Andaba con el Turco. ¿Qué se habrá hecho del Turco?

Se sienta. Supongo que mientras habla de cosas sin importancia trata de encontrar al pibe que debo haber sido hace más de quince años. Seguro piensa que algo debe quedar: una señal, un resto de luz oculto en alguna parte. O puede simplemente que esté tratando de acomodarse, de amortiguar el impacto de mi visita. Yo estoy sentado y sigo sin saber cómo llegué hasta acá. Cómo fue que esta tarde me subí al tren, recorrí las cuadras desde la estación hasta su casa con un paquete de facturas, golpeé la puerta —después de tantos años— y le dije que venía a tomar unos mates.

Tiene un vestido floreado y suelto, humedecido en el escote, con botones en el frente y completamente abrochado. Está nerviosa. Sentada en la otra punta de la mesa no ha parado un instante de hablar, y ahora se inclina hacia delante y busca una factura en el paquete abierto. Puedo ver la forma de sus pechos porque la luz que entra por la ventana le vuelve trasparente el vestido. Pienso que pudo haber sido mi madre, que en una época deseé que fuera mi madre y hasta se lo dije.

—Madre Teresa —digo. Pero ella no escucha, o hace que no escucha.

—Mirá que seguís siendo loco, eh —dice.

Después me pregunta qué bicho me picó, por dónde anduve. Querrá saber qué fue de la vida de un chico de catorce años que pensaba que una puta era una especie de diosa del Olimpo.

—El tiempo vuela —dice—. Querías ser músico y doctor. No tenés cara de ninguna de las dos cosas. Querías ser chulo también. Cómo me hacías reír, ¿te acordás? Siempre fuiste tan gracioso.

—Me casé. Me separé —digo—. Tengo un hijo que se llama Alejandro.

Ahora me pasa la pava para que yo cebe. Vuelco un poco de yerba sobre un costado del papel de las facturas y acomodo la bombilla. En silencio, la miro frotarse la cabeza con la toalla. Sacudir el pelo rubio para los lados, peinarse con la mano abriendo los dedos para formar una peineta. Teresa hace estas cosas con una energía desmedida, como si los movimientos bruscos la ayudaran a pensar mejor, a concebir la pregunta que contenga todos los interrogantes que le deben estar pasando por la mente. Se detiene. Suspira con un dejo de cansancio y se para.

—Estarás necesitando mujer —dice.

Yo pienso que debería irme. No sé a qué vine pero seguro que no a humillarme, ni a humillarla a ella. De golpe me siento asustado, me siento triste.

—Me voy al sur; a laburarla de verdad, sabés —digo.

Teresa recorta el pedazo de papel donde el poquito de yerba húmeda hizo una aureola verde, envuelve la yerba, va hasta el cesto de basura que está cerca de la pileta y la tira.

—Contame algo del pibe, che. ¿Alejandro dijiste que se llama? Contame, ¿se parece a vos?

—Es igual a la madre —digo, y el silencio de ella debe tener que ver con el tono suave de mi voz, con las palabras comunes y corrientes que acabo de pronunciar. Tal vez ya se dio cuenta de que siento desprecio por mí, por mi manera mezquina de pensar, de relacionarme con el mundo; porque soy incapaz de confiar, de no sentir que el otro oculta siempre intenciones secretas que no se atreve a sacar a la luz.

—Vos eras hermoso, sabés —dice Teresa—, me refiero a lo que eras, a la persona que eras, a las cosas que decías.

Se acerca por detrás, me rodea el cuello con los brazos y me pasa las manos por el pecho. Se apoya contra mi espalda, me tira el cuerpo encima. Me quedo sentado. La siento alejarse y giro sobre la silla. Está desabrochándose el vestido. No rápidamente, tampoco con una lentitud que deje espacio a alguna duda. Está por desprender el último botón y yo temo que ese solo acto logre entristecer el mundo para siempre. No digo nada y ella debe interpretar mal ese silencio. Se lleva las manos a la cintura y, abriéndose el vestido, me deja ver sus pechos desnudos, una bombacha ajustada y negra, sus piernas todavía hermosas. Ahí está Teresa y ahí se queda ahora, parada cerca de mí, ofreciéndose, un fantasma en la penumbra.

—Teresa —digo.

No quiero mirar su cuerpo y busco sus ojos cuando el sol, desde atrás del paredón del baldío de enfrente, colorea la cocina de un naranja irreal, ilumina su pelo húmedo que huele a champú de manzanas, su cara de polaca, de judía, una mueca feroz bajo los delicados rasgos de su nariz. Yo sigo inmóvil, con los brazos caídos a los costados. Ella desvía definitivamente la mirada.

—¿Te acordás del disco que me regalaste? —Se ha dado vuelta; se está cerrando el vestido. —¿Te acordás o no? —

dice de espaldas—. Todavía lo tengo, en un sobre. Fue cuando empezaste con el inglés. Estabas meta traducir canciones. A veces quiero acordarme. Es como tener una espina, esto de no poder acordarse.

Se mete en la pieza y, lo sé, está juntando fuerzas para poder mirarme a la cara cuando vuelva. No puedo dejar de reconocer su oficio en eso. Ahora sale, con un sobre, con el disco simple adentro, la mirada clavada en el aire.

—Hablabas de alguien que lloraba por una tontería —dice—, me acuerdo de eso: un tipo que lloraba por una gran tontería.

—Porque el cielo es azul me hace llorar —digo.

—Eso, sí, ¿qué alivio es acordarse, no? Porque el cielo es azul, me hace llorar —dice Teresa—. Qué tipo más raro. Qué tontería más grande.